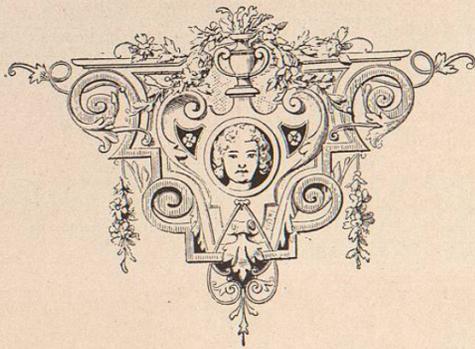


del Monte, seguido de mis dos leales é inteligentes peones Juan y José María Hernández, antiguos trabajadores de aquel mineral. Mis compañeros, á quienes yo apenas distinguía

en la eminencia de aquel crestón, me dirigieron sus últimos saludos con una salva nutrida hecha con sus pistolas, á los que yo contesté haciendo disparos con la mía.



IV

VALLE DE MEXICO.

—A mis queridos amigos Luis G. Obregón y Jesús Galindo y Villa.

DESPUES de mi corta permanencia en Tizayuca pasé á Zumpango, donde por ausencia de los ingenieros Almaraz, jefe de la Comisión, y Juan F. Martín, jefe de la sección topográfica, quedé encargado de aquélla, dedicándome á los trabajos de nivelación, partiendo del expresado pueblo á las barrancas de Acatlán y Tequisquiac, así como al tajo de Nochistongo, descendiendo en los primeros 14 metros bajo el nivel del lago de Texcoco y conduciendo mis operaciones en el tajo hasta el punto llamado Bóveda Real, en tanto que el Ingeniero José María Romero, con los practicantes Nava y Staines, se ocupaba en los trabajos de detalles, y el Ingeniero Javier Yáñez en los de triangulación.

En el tajo hube de conocer aquel lugar de funestos recuerdos llamado la *Caída de Solís*, señalado por el inmenso derrumbe que interrumpe la rectitud del canal y bajo cuyos es-

combros yace sepultada una cuadrilla de trabajadores con su capataz, de nombre Solís.

Un día que mis ocupaciones no exigían mi presencia en el campo, dióme la humorada de visitar oficiosamente la escuela de la población. Hice leer en alta voz á unos niños, interpele á otros sobre gramática, aritmética y geografía y examiné las planas de todos. El profesor, que sin duda vió en mí á un visitante oficial, perdió el color y se mostró en extremo tímido y asustado, pero pronto calmé su sobresalto dirigiendo á sus alumnos frases halagadoras que necesariamente redundaban en honra suya, y así fué como gané su confianza. Al preguntarle yo cuáles eran los castigos que imponía por sus faltas á los alumnos, me contestó:

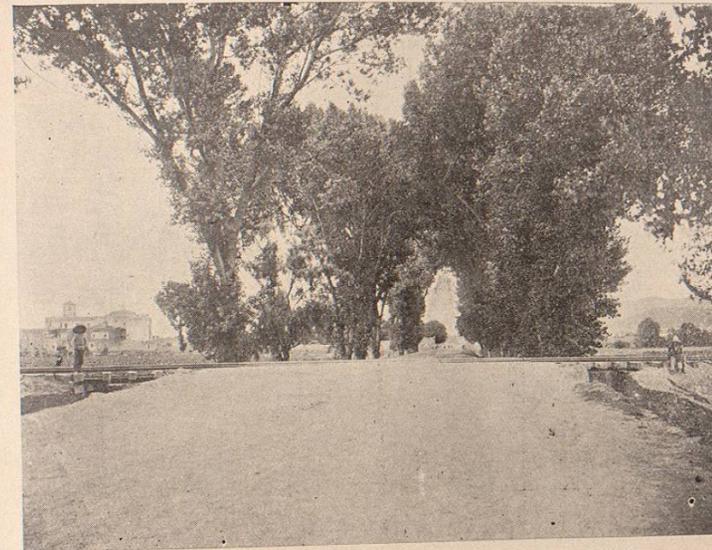
—La palmeta, señor, y encierros en el calabozo.

—¡Qué horror! exclamé yo, recordando con

tristeza mi antiguo Colegio de San Gregorio que había llegado á alcanzar la palma en esta clase de castigos. Qué, ¿no tiene usted, proseguí diciéndole, otros medios de castigo más conformes con las prácticas modernas y más eficaces para lograr el objeto, sin lastimar á los niños ni ofender su dignidad? Espero que en lo sucesivo no usará usted la palmeta como medio represivo; procure usted, ante todo, ganar la confianza y cariño de sus educandos, inspirándoles sentimientos nobles y delicados y seguí diciéndole no sé cuántas cosas más que debieron haberle persuadido, pues me contestó:

dado, dando por resultado mis buenos oficios el pago al profesor de tres quincenas.

Ocurrencia de otro género fué la que me sobrevino poco antes de abandonar la población de Zumpango. Mis peones Juan y José María, de quienes he hablado, eran de carácter vivo, de genio festivo y extremadamente valientes. No sé en qué diversión se entretenían los del pueblo y en la cual pretendieron tomar participación mis peones, mas el caso fué que éstos, con sus burlas y maneras toscas, disgustaron á aquéllos, dando origen á una riña de la que resultó que no pocos individuos sacasen á un arrabal de la población



TEZONTEPEC.

—Ofrezco á usted hacer lo que me aconseja y para probarle que no es vano mi ofrecimiento, atienda usted á lo que voy á ejecutar, y diciendo esto se dirigió al patio de la escuela y arrojó al pozo la palmeta.

¡Al fin me vengué de las palmatorias gregorianas!

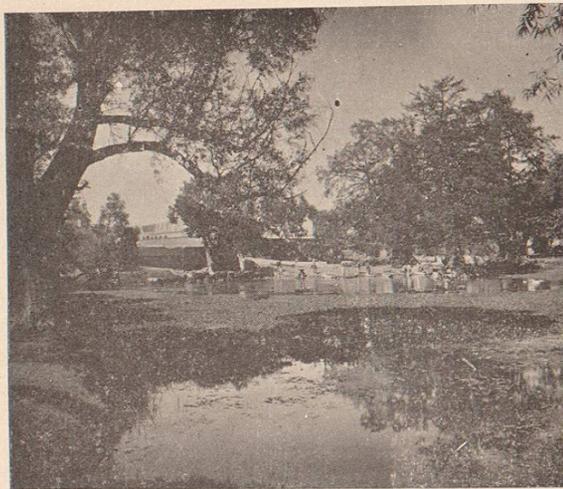
Antes de retirarme de la escuela rogóme el maestro que interpusiese mis buenos oficios con el señor Prefecto para que se le pagase siquiera una quincena de seis que se le debían. Ofrecíle cumplir en el acto con su encargo y al efecto me dirigí á la Prefectura, hablé con el Sr. González, que era el Jefe y buen amigo á quien estaba yo muy recomen-

á los que de ellos se habían burlado. No bien se puso en mi conocimiento el hecho, monté á caballo sin esperar á que otros me acompañasen, y apresuradamente me dirigí al lugar de la contienda. Iba á todo correr de mi alazán, cuando al pasar unos paredones descubrí repentinamente el grupo de los que peleaban reluciendo sus puñales y dominando los de Zumpango, por el número, á mis valientes peones, que heroicamente se defendían. Instintivamente tiré de las riendas, con tal fuerza, para contener al caballo, que éste dió un soberano *sentón*, rayando con las patas traseras un buen espacio de terreno, acción casual que debió imponer á los que atacaban á los

peones, viendo en mí á un consumado jinete y hombre decidido para no dejar á uno sólo de ellos con vida, pues todos diéronse á correr desapareciendo como liebres entre los magueyales, y abandonándome á mis peones sin lesión alguna. He aquí cómo pequeñas causas suelen producir grandes efectos.

* * *

El 8 de Diciembre la Comisión terminó sus trabajos en Zumpango y pasó á Tezontepec, pueblo situado en una hermosa y fértil



OTRA VISTA DE TEZONTEPEC.

llanura, en la margen derecha del río del Papelote, á 28 kilómetros al Sur de Pachuca. Grandes fueron las dificultades que encontró la Comisión para su alojamiento, y en tanto que la mayor parte de los ingenieros ocurrieron, en último extremo, á la autoridad del lugar, dejando en medio de la plaza, amontonados, equipajes é instrumentos. Yo, más precavido, me instalé oportunamente en una confortable celda de la parroquia, antiguo convento de religiosos, merced á la amable condescendencia y fina hospitalidad del señor cura, debiendo advertir, para que no se me crea egoísta, que mis compañeros despreciaron mi consejo y la invitación que les hice para que me siguiesen. Como en esta región se me habían encargado las operaciones de triangula-

ción, partí una mañana para la Sierra de los Pitos, una de las eminencias que limitan los llanos de Tezontepec. Esta sierra es una de las más interesantes por su extensión y altura y de las más difíciles para su configuración por sus numerosos y complicados detalles. Desde su cima, que se alza á 2,952 metros sobre el nivel del mar, ó 700 metros sobre la llanura próximamente, elegí los puntos convenientes para la mejor conformación de los triángulos, dí principio á las observaciones con un buen teodolito de Troughton and Simms, de 1' de aproximación, y configuré la sierra, para cuya completa operación hube de repe-

tir á ella mis visitas, las que me proporcionaron el pleno conocimiento de sus principales vericuetos, conocimiento que había de serme más tarde de suma utilidad en situación comprometida, como tuve ocasión de referir en otro artículo. Mis puntos trigonométricos en este Valle, fueron: Pico más alto de los Pitos, cerro de Coatepec y cerro de Huaquichula, cerro de Cuayuca, cerro de Tepehuisco, cerro Gordo, cerro de Paula, Maravillas y Observatorio de Teotihuacán.

Además, en todas estas eminencias observaba los ángulos de altura y depresión para deducir las altitudes, y á dirigir intersecciones á pueblos, haciendas y ranchos para su debida situación.

Las diferencias encontradas al cerrar los

triángulos no excedían de unos cuantos segundos, habiéndome propuesto observar todos los ángulos y abstenerme de deducir algunos, y si en los datos de mi triangulación aparecen tres con esa circunstancia, no fué obra mía sino del Jefe de la Comisión, que se vió obligado á ejecutarla con motivo de mi separación de aquélla, antes de terminar las operaciones que había extendido en el Valle de Texcoco.

En la expresada triangulación tuve tres lados comunes con las practicadas por mis compañeros Rafael Barberi y José María Romero, y fueron de notarse las pequeñas diferencias obtenidas en la extensión de aquéllos, como puede observarse á continuación.

LADO HUAQUICHULA Y TEPEHUISCO.

Por las observaciones de Barberi.	7,825m.81
Según las mías.....	7,825m.94

Diferencia.....	13
-----------------	----

TEPEHUISCO Y CERRO DE PAULA.

Según las observaciones de Barberi.....	6,413m.72
Según las mías.....	6,413m.93

Diferencia.....	21
-----------------	----

SIERRA DE LOS PITOS Y COATEPEC.

Según las observaciones de Romero.....	5,566m.60
Según las mías.....	5,566m.59

Diferencia.....	01
-----------------	----

En la Memoria oficial de la Comisión Científica de Pachuca constan estos pormenores.

Durante mis repetidas expediciones á las montañas, particularmente á la Sierra de los Pitos, al Sur de Pachuca y á la de Cerro Gordo en Teotihuacán, sobreviniéronme contratiempos que no puedo echar al olvido, puesto que de mis memorias se trata. Cierta tarde, á las 5 p. m., salí con mis dos buenos peones de la hacienda de Salinas, situada al Norte de Cerro Gordo, y me dirigía á la de este nombre, que se hallaba al Sur. La noche lóbrega y lluviosa, me sorprendió en un elevado collado que forma parte de la montaña que había

de trasponer, y en el que se asentaba el rancho de la Soledad.

Desde ese momento abandoné las riendas del caballo, que en tales ocasiones obra con más discreción que el hombre, y me entregué en los brazos de la suerte, mis peones caminaban á la ventura, sin abandonar por eso el cuidado de mi persona; aterrabanme á veces los pasos falsos del caballo y, sobre todo, el rodar de los guijarros, que por los sonidos que producían al chocar sucesivamente contra las rocas, me hacían presentir el inminente peligro en que me hallaba, caminando al borde de un precipicio. Dos ó tres horas que á mí me parecieron una eternidad, duró el estado angustioso de nuestros ánimos, más al fin la Providencia nos salvó y pudimos llegar á media noche, aunque muy maltratados y mojados, á la Hacienda de Cerro Gordo. Mal cenamos allí, á pesar de las atenciones y de la buena voluntad del Administrador.

A la mañana siguiente se me unió el practicante Reyes y con él emprendí la subida á la cumbre de la voluminosa montaña que se alza sobre el nivel del mar 3,046 metros y sobre el pueblo de Teotihuacán 759. La vertiente Sur facilita la subida á la cima; poca es la vegetación, pero muchas las rocas basálticas que la cubren; sólo en la cumbre y cerca de ella crecen árboles formando bosquecillos, presentándose bajo distinto aspecto la vertiente septentrional, en la que se observa una hermosa vegetación que con sus pinos dominantes en número cubre las barranquillas y cañadas.

Terminados mis trabajos en Cerro Gordo me ausenté de la hacienda y pasé con el mismo practicante Reyes á la región opuesta septentrional, á fin de hacer nuevas observaciones en el cerro de Tepehuisco. Pardeaba la tarde cuando llegamos al pueblo de Teacalco, donde me había propuesto pernoctar, provisto, como me hallaba, de una carta de recomendación dirigida á una anciana de gran ascendiente en la población. Al entrar en ésta con el practicante y los peones observé que sus vecinos nos miraban con desconfianza y á los que se les preguntaba por aquella señora contestaban por medio de palabras que sólo ellos las entendían. Pregunté por el señor Cura y nadie dió razón de él, interro-

gué por el alcalde y se me dijo que había ido lejos á un bautismo; mas al fin dí con la casa de la vieja aquélla, que se llamaba Doña Petra.

Recibíome de mal talante, manifestándome que en su habitación no había camas, que esperase allí mientras ella salía para comunicar nuestra llegada al señor alcalde. Observando yo la extraña conducta de los del pueblo y la mala disposición de la vieja para permitir que por aquella noche nos prestase abrigo contra la intemperie el ruin techo de su destartada casa, propuse al practicante y á los peones abandonar aquel inhospitalario pueblo y ponernos inmediatamente en camino para Tezontepec. Nos disponíamos á ejecutar nuestro propósito cuando se me presentó la vieja y al observar nuestra actitud de marcha me dijo:

—Ahora soy yo la que exijo la permanencia de ustedes en mi casa, si quieren evitar un contratiempo, pues muchos del pueblo, armados de piedras, los esperan cerca de la casa y en ésta nada tienen que temer, pues todos aquéllos me respetan.

—Quisiera saber, señora, le interpelé ¿cuál es la causa de esa actitud tan hostil como injustificable?

—La de ser extranjeros de los invasores.

—¡Extranjeros nosotros! exclamé lleno de asombro.

—Todos los que no pertenecen al pueblo son extranjeros, replicó la vieja.

El practicante Reyes y yo amartillamos las pistolas y mis peones sacaron á relucir sus puñales. Al hacerse cargo de nuestra actitud la buena señora, salió otra vez de la habitación y á poco volvió manifestando que la turba amenazadora se había retirado y, por consiguiente, nada había que temer; que desgraciadamente no tenía camas que ofrecernos y, por último, que el señor Alcalde sabía quiénes éramos é iría muy de mañana para saludarnos, antes de nuestra partida.

Yo contesté que acostumbrados estábamos á pasar malas noches, y que, respecto de la promesa del señor alcalde, mucho me holgaba de ello por cuanto á que me ofrecía la ocasión para afearle su conducta y la de los vecinos.

La vieja se retiró abandonándonos su es-

tancia. Esta era una pieza cuadrada con sus paredes de adobe y techo de tejamanil; el piso de tierra apisonada sobre el cual se hallaban extendidos dos petates y el mueblaje se reducía á dos ó tres sillas desvencijadas, una tarima, que hacía veces de cama en un rincón, montada sobre cuatro estacas hincadas en el suelo, dando al estrecho lugar la apariencia de alcoba una raída cortina de manta, que pendía de una cuerda tendida de largo á largo, de una á otra pared; una mesa sobre la que en candelero de barro ardía una velilla de sebo y, por último, arrimado á la pared, un *tinajero* cuyas apollilladas tablas sustentaban dos ó tres platos viejos de porcelana de China, rotos ó con sus pedazos adheridos con pegamento, tazas y pozuelos de lo mismo, vasos de vidrio y otros objetos de alfarería ordinaria, entre los que se contaba una alcancía de barro en forma de pato.

Confiados en el dicho de la vieja nos propusimos descansar, á cuyo fin convertimos los petates en colchones, arrimando á la pared el practicante y yo las sillas de los caballos para que nos sirviesen de almohadas, y nos abrigamos con nuestros sarapes, en tanto que los peones seguían nuestro ejemplo en el otro petate, quedando de por medio el famoso *tinajero*. A poco un sueño profundo embargó á mis acompañantes, y sólo yo no dormía temeroso por ellos y por mí, de alguna mala pasada que pretendiera jugarnos aquella gente malévolá, sorprendiéndonos en la estancia que, entre sus inconvenientes poseía el de no tener puertas que la asegurasen. La quietud y el silencio de la noche hizo salir de sus agujeros incontables ratas que se paseaban y saltaban en nuestros lechos obligándome á refugiarme en una de aquellas sillas desvencijadas, en la que pudiera ser peor el remedio que la enfermedad. El practicante que sentía en su cuerpo el paseo de los roedores ó soñaba que los de Teacalco nos lapidaban, menudeaba puñetazos á diestra y siniestra, y dió con uno de ellos de lleno al tinajero que vino al suelo con gran estrépito producido por los vidrios y tepalcates de los trastos hechos mil pedazos. Al estruendo aquel despertaron todos azorados, y violentamente se pusieron en pie creyendo tener encima al enemigo, en tanto que yo no podía, por la risa, articular una palabra. El prac-

ticante y los peones, al darse cuenta del desastro, vieron en él los efectos de una pesadilla y trocaron su espanto en hilaridad.

Serían las cuatro de la mañana cuando la hipócrita vieja se nos presentó acompañada de su apergaminado marido, diciéndonos sin rodeos:

—Ya es tarde y apresúrense á marchar si quieren llegar con la fresca al cerro de Tepehuisco.

—Saldremos cuando lo creamos conveniente—le contesté con enfado.

En ese momento sus ojos se fijaron en el estropicio causado por mi compañero, y nunca hubiera visto tal cosa, pues la cólera asomó á su rostro é iba á interpellarme con rudeza, sin duda, pero la interrumpí diciendo.

—Fué una contingencia de la que ningún daño le resultará á usted, pues estoy dispuesto á pagar los trastos rotos.

—Platos y tazas de China será lo que quiere usted decir.

—Sí, señora, platos y tazas del Celeste Imperio, más dígame lo que valen.

—Lo menos seis pesos, señor.

No pude menos que echar una mirada lastimosa al dormilón del practicante y pagar á la vieja el precio demandado.

Pusímonos en camino á la madrugada, no sin tomar previamente las debidas precauciones, aunque, por la bondad de Dios, no había daño que temer, pues los mal prevenidos habitantes del pueblo, desde temprano habíanse retirado á sus hogares; las calles estaban solitarias y solamente salió á recibirnos el alcalde indígena que nos dió sus excusas. Yo me propuse que él, por sí y por los suyos, pagase los malos ratos que en aquella noche nos habían hecho pasar, y le dije que no creyéndonos aún seguros, le suplicaba que nos acompañase hasta las afueras de la población. Así lo hizo, más después de tres cuartos de legua, observando que yo nada le decía para que se retirase, él mismo me hizo la indicación. Todavía no estamos seguros, le manifesté, y proseguimos andando. A la vista del pueblo de San Bartolo, que se asienta cerca de una barranca que descende de Cerro Gordo y cuya formación de conglomerado llamó fuertemente mi atención, dije al alcalde que se volviese á su pueblo, aconsejándole que él y los suyos

fuesen más urbanos con los transeúntes; que era indigna la prevención que en su pueblo tenían á los extranjeros y acción grosera y sin nombre la de considerar como á tales á los hijos del país que no lo eran del pueblo, y por último, que había llegado á mi noticia que tres días antes, por semejantes tonterías, habían sido apedreados por los de su pueblo unos arrieros. El alcalde se acercó á mí, me pidió la mano para besarla y se retiró.

¡Cosas son estas propias del carácter de nuestros indios!

Una hora después nos hallábamos en la cumbre del Tepehuisco, de la cual á poco volvimos á descender sin haber practicado la observación que á ella nos condujo, por haber desaparecido de la cima del cerro de Coayuca la bandera que, dos días antes, había dejado para que me sirviese de mira. Ya en la llanura, un campesino que fijó su atención en la bandera blanca que dejé enarbolada en el vértice trigonométrico del cerro de Tepehuisco, sin comprender su objeto, se dirigió á mí y me preguntó con la simplicidad digna de un ignorante:

—Dígame usted, señor, ¿habrá paz?

—Sí, le contesté yo, cuando exista un gobernante que quiera trabajar por ella.

Peripecias como las referidas llenan la vida del Ingeniero en el ejercicio de su profesión.

Cerrado el triángulo, determinado por los cerros Coayuca, Tepehuisco y Huaquichula, con la observación practicada en la última de dichas eminencias, partí una mañana del pueblo de San Bartolo con dirección á la Hacienda de San Javier. Al recorrer con mis peones la extensa llanura de este nombre vimos reflejarse, bajo el suelo, las montañas Sotula, La Vaca y Palmillas que con otras forman la Sierra de Tezontlalpan, que se levanta al Occidente de la expresada finca. Admirábanse mis peones viendo anegada en gran parte la campiña sin haber llovido y su admiración crecía al observar que á medida que nos acercábamos á la hacienda la anegación se alejaba, más y más hasta, su completa desaparición. Explíquenos entonces la causa del hermoso efecto del espejismo que nos sorprendió al terminar, por esta parte del Valle de México, nuestras operaciones topográficas.